

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION. Sale los días 5 y 20 de cada mes desde el 5 de febrero. Cada número consta por lo menos de 16 páginas. Al fin del año se repartirán los índices y portadas correspondientes.—Cuesta en Madrid 3 rs. al mes, llevado á casa de los suscritores. Pagando un año adelantado 32 rs.—En provincias 10 rs. por trimestre y 36 por un año.—Se suscribe en Madrid, librerías de Bailly-Bailliére y Duran, y en la administracion, Carrera de San Gerónimo, núm. 22, piso segundo, derecha.—Las suscripciones de provincias se harán en carta franca al administrador de EL ECONOMISTA, por medio de libranzas ó sellos de franqueo.—No se admitirá correspondencia que no venga franca de porte.—Las reclamaciones se dirigirán á la administracion.

### OBSERVACIONES SOBRE LA NUEVA LEY DE MINAS.

En tres principios esencialmente distintos y que dan en su aplicacion práctica origen á consecuencias las mas opuestas, puede fundarse el legislador al formar una ley de minería: ó partiendo de la equidad natural y de las mas elementales y sencillas ideas de propiedad establece como base que la propiedad de las minas pertenece al primer ocupante, ó imitando el ejemplo de Inglaterra considera como propietario de las minas al dueño de la superficie del suelo, ó finalmente respetando la práctica mas generalmente seguida reserva este derecho al Estado.

La primera de estas tres bases es la única que creemos justa y á su defensa consagraremos este primer artículo, que no será por decirlo así mas que el reflejo de las opiniones emitidas por el eminente economista Turgot en su célebre memoria sobre minas y canteras.

La segunda base carece completamente de fundamento por mas que un célebre economista á quien la ciencia debe no pocos de sus triunfos, se haya consagrado á su defensa.

Finalmente, el tercer principio defendido durante muchos años por distinguidos jurisconsultos, que ignoraban por desgracia los mas elementales principios de economia política, es una consecuencia de la intervencion gubernamental, y es el que precisamente ha servido de punto de partida para la formacion de la nueva ley de minas presentada á las Cortes en 20 del próximo pasado Enero, y que actualmente rige si bien de una manera provisional. Así es como despues de designar en el art. 1.º las sustancias comprendidas en el ramo de minería, se establece en el art. 2.º que la propiedad de dichas sustancias corresponde al Estado, y que nadie podrá beneficiarlas sin concesion del Gobierno en la forma que dispone la ley.

Dos principios tan completamente distintos como el escogido por los autores del proyecto de ley y el que nos proponemos defender,  
20 de Julio de 1856.



dos puntos de partida tan diametralmente opuestos, dos ideas tan poco conformes no pueden conducir en verdad á resultados idénticos: lo que en un caso exige prescripciones las mas multiplicadas, detalles los mas minuciosos, lo que, en una palabra, no ha necesitado menos de 115 artículos, que son los que forman el cuerpo principal del proyecto, quedan reducidos en la hipótesis opuesta á una sola palabra, *libertad*, y se desarrollan muy holgadamente en los 4 artículos á que el célebre Turgot reduce toda la legislación de minas.

Inútil seria pues, que nos detuviésemos en examinar artículo por artículo toda la ley, nos basta analizar cual pueda ser la justicia de su fundamento, qué razones hayan podido aducirse en su defensa; y si probamos que ni la equidad ni la utilidad pública justifican semejante disposicion, si demostramos que la propiedad de las minas no puede ni debe pertenecer al Estado, nuestro objeto estará cumplido y de un solo golpe habremos terminado nuestra tarea.

El hombre es dueño de sí mismo sobre la tierra: sus fuerzas todas, todo lo que en él hay de vida y de inteligencia le pertenecen: todos sus actos, en cuanto no impidan ó perjudiquen á la libertad de los demas hombres, deben ser libres: solo deberá dar cuenta de ellos á su creador, y pues los demas hombres no pueden usurpar este titulo, solo pueden exigir de él que por igual concepto los respete.

*El hombre pues es propiedad de si mismo*, y pocos hay en el dia que se atrevan á negar este aserto, si recuerdan que al negarlo, consagran la esclavitud mancha indeleble de edades bárbaras, edades que aun hay por desgracia quien echa de menos, y que á mitad del siglo XIX se nos suelen citar como modelo.

Mas el hombre para vivir necesita aplicar su actividad á los objetos exteriores, pues solo ellos son aptos para satisfacer las diversas necesidades que en su ser despierta la vida: estos objetos exteriores están á disposicion de todos, y todos pueden dirigirse á ellos para utilizarlos: á nadie pertenecen de preferencia, y asi el primero que llega, el primer ocupante se sirve de ellos; mas para utilizarlos en su provecho necesita trabajar, necesita depositar sobre la materia una parte de su ser, por decirlo asi, y aquella materia que ha cambiado de forma entre sus manos al recibir el trabajo humano constituye ya una propiedad: al regarla pues el trabajador con el sudor de su frente ha impreso sobre ella un sello que nadie podrá violar sin que el mundo imprima en él otro sello: *el sello de ladron*.

Pero del mismo modo que el trabajo constituye la propiedad, y que pertenecen al hombre los objetos que por medio del trabajo prepara, del mismo modo que hasta la última molécula de la materia á que ha llegado su actividad es suya, asi tambien es justo y es natural que concluya este derecho donde concluye la causa á que



debe el ser: en vano pues, querrá titularse propietario y dueño de todo aquello á que su trabajo no ha llegado: quédese eso para aquellas edades en que una bandera enarbolada y una ridícula farsa de ocupacion daban la propiedad, para los felices tiempos en que el derecho era la *fuerza*: que aquellos tiempos pasaron y han llegado otros en que la razon solo sanciona el derecho de propiedad por el *trabajo*.

Los dos principios que acabamos de consignar nos bastan para el objeto que nos proponemos y á fin de fijar las ideas los repetiremos una vez mas:

1.º La propiedad nace del trabajo: todo lo que el hombre forma con su actividad le pertenece por completo y puede hacer de ello el uso que crea mas conveniente, ya lo emplee en satisfacer inmediatamente sus necesidades, ya lo aplique como instrumento de produccion, ya finalmente lo cambie ó preste bajo estas ó las otras condiciones. 2.º Los objetos naturales que no han recibido el trabajo humano (empleando esta palabra en su acepcion mas lata) no tienen dueño, á nadie pertenecen y son por lo tanto del primer ocupante en cuanto este último aplique á ellos su actividad.

Veamos ahora las consecuencias que de ellos se desprenden.

Los trabajos agrícolas cubren una buena parte de la superficie del globo, y la tierra trabajada por el hombre, rota y desecha por el arado, fecundada por el abono, humedecida por el agua de riego, devuelve en sustancias alimenticias, en materias propias para fabricar las telas con que nos cubrimos etc. el trabajo que ha recibido del agricultor; pero bajo esta primera capa que la industria humana fabrica y vuelve á fabricar, á medida que por el uso pierde su fuerza de vegetacion y su utilidad, se extiende una inmensa masa de sustancias materiales en que el arado no ha podido penetrar, y que sin embargo tambien encierra algo de que el hombre puede utilizarse: las inmensas masas del carbon mineral de ese agente creador del vapor, el hierro, el plomo, el cobre, el mercurio, los metales preciosos y otros no menos preciosos para la industria, las canteras de piedra de construccion, de piedras calizas y yesosas de puzolana etc. etc. se hallan alli depositadas por la naturaleza, ó por ella continuamente elaboradas.

Y ahora bien; ¿á quién pertenecen todas estas riquezas?

¿Al estado ó nacion bajo cuyo suelo se hallan?

¿Al dueño de la superficie del suelo?

Mientras el hombre no llegue á ellas, mientras no las aplique su trabajo, mientras no estienda su actividad hasta la profundidad en que se encuentran á *nadie*.

¿Con qué derecho podria titularse dueño de ellas el propietario de la superficie, cuando ni sospecha siquiera su existencia?

¿No es ridículo creerse dueño de una cosa que tal vez no exista,

:



y que si existe no debe su existencia al propietario del suelo que la cubre?

¿No podria con igual derecho creerse dueño de las aves que vuelan por encima de sus tierras ó de las nuves que el viento hace pasar sobre su cabeza?

¿Y por otra parte, hasta qué profundidad se estenderá su propiedad? ¿Tal vez hasta el centro de la tierra en que vendrán á disputársela los antipodas.?

Y aun mas, ¿qué relacion existe entre la idea de verticalidad y la de estenderse el derecho de propiedad mas allá de la capa á que ha llegado el trabajo? ¿porqué no habrá de ser dueño el propietario del suelo, de todo lo comprendido en una línea inclinada á 45 grados y lo mismo para todos los demas, en vez de serlo respecto á una línea vertical? ¿Qué misteriosa influencia ejercen la direccion de las líneas, la forma geométrica de las figuras sobre esta cuestion social?

Imposible nos parece que puedan acumularse mas absurdos para demostrar lo absurdo de una idea: hé aqui por ejemplo que un trastorno subterráneo cambia la constitucion del interior de la tierra, nos arrebatara nuestros tesoros y nos trae en cambio toda la pobreza de nuestro vecino; y sin embargo, esto no solo pasa desapercibido para nosotros, sino que dado caso que pudiéramos saberlo no podriamos decidir si eramos propietarios de lo que primero existia bajo nuestra propiedad ó de lo que el azar nos habia traído posteriormente.

---

Cuantas razones hemos aducido para demostrar que las minas no pueden pertenecer al dueño del suelo podriamos aplicar al caso en que se pretenda que son propiedad del Estado: ser propiedad del Estado es ser propiedad de todos los individuos que lo constituyen, y los absurdos resultados á que hemos llegado en la hipótesis de que pueda tener un dueño aquello á que no ha llegado la actividad humana, no cambian ciertamente por que en vez de un dueño les demos 13 ó 14 millones de propietarios. Solo desaparecería sino lo absurdo del principio lo injusto de sus consecuencias, cuando dijésemos que todas las minas son propiedad de la humanidad; esto podria ser un arranque de orgullo ó una imágen mas ó menos elegante; pero al menos seria una cosa inofensiva, porque todos los hombres se hallarian en el mismo caso y tendrian los mismos derechos á esas riquezas desconocidas.

Aunque suponer al Estado dueño de todas las riquezas que cubre su suelo, es tan injusto y tan absurdo como suponer á un propietario dueño de las minas que existan bajo su propiedad; sin embargo, como la palabra *Estado* produce tantas ilusiones, persona habrá que crea injusto lo segundo y á quien sin embargo le parezca muy natural lo primero. Para estos hé aqui un ejemplo mas



Por el año 1524 penetraron los españoles en el Perú.

Este mismo año reinaba en China el emperador Bu-Tsong II, hijo de Chi-Tsong III.

Los habitantes de una parte del Perú son antípodas de los de China, es decir, que se encuentran en prolongación de la *misma vertical*; luego el emperador Bu-Tsong debió reclamar contra los españoles como habiendo violado el derecho de propiedad: el Perú era propiedad de Bu-Tsong puesto que estaba *debajo de su suelo*.

Al pobre emperador le sucedió lo que á nosotros nos podría suceder si los franceses, pasando por debajo de los Pirineos, viniesen á explotar nuestras minas.

---

Las consideraciones espuestas hasta aquí prueban, pues, que solo puede considerarse dueño de una mina el que la está explotando, y solo de la parte en explotación, sin que por lo tanto puedan disputarle este derecho ni el propietario del suelo, ni el Estado. Podrá principiar la explotación sin que el Estado le autorice á ello, siempre que principie las obras en terreno de su pertenencia ó con autorización del dueño de la superficie si es en propiedad ajena, y tendrá facultad para estender sus galerías y trabajos en todos sentidos, cuidando únicamente de no causar daño á los propietarios de la superficie.

En un próximo artículo entraremos en mas detalles sobre todos estos puntos, examinando á la vez la cuestión, bajo el punto de vista de la utilidad: por hoy queda establecido el principio ya varias veces enunciado y que repetiremos una vez mas:

*Ni el Estado ni los propietarios de la superficie son dueños de las minas, lo es únicamente el que aplica á ellas su trabajo poniéndolas en explotación.*

---

#### CONTESTACION AL COMUNICADO DEL SR. ALDAMA, INSERTO EN NUESTRO NÚMERO ANTERIOR.

Cuando publicamos el comunicado que nos dirigió el Sr. Aldama, con motivo de una crítica que EL ECONOMISTA habia hecho del *compendio geográfico estadístico de Portugal*, ofrecimos contestarlo y probar que en la crítica citada nada se decia que no fuera exacto y motivado. Vamos á hacerlo ahora tambien como nos lo permitan nuestras débiles fuerzas, prescindiendo por completo de la acritud que el Sr. Aldama emplea para su defensa, acaso suponiéndonos una intención personal, que como hemos manifestado ya, no ha estado jamas en nuestro ánimo.



Al contestar al comunicado no llevamos otro objeto que dejar en su lugar el juicio formado por EL ECONOMISTA, haciendo ver que no ha habido en él ligereza, sino que por el contrario proceden nuestras apreciaciones de un exámen detenido de la parte de la obra del Sr. Aldama que trata de la industria y comercio de Portugal, única que directamente interesa á EL ECONOMISTA.

No dudamos, que el Sr. Aldama conoce el tratado de Methuen y que lo conocia al escribir su obra, puesto que así lo asegura; pero no es menos cierto que cualquiera en nuestro lugar, hubiera creído que lo confundía con el de 1810.

El Sr. Aldama hace una reseña histórica de la industria manufacturera portuguesa, y salta sobre 1703 sin hacer la mas ligera mencion del tratado de Methuen. Ni una sola palabra le dedica, á pesar de la exagerada importancia que se le ha dado siempre por los historiadores, que ignorantes en su mayor parte de los principios económicos, han llegado á atribuirle, no solo la muerte de la industria portuguesa, sino tambien la decadencia política de Portugal, que han supuesto convertido por este tratado nada menos que en una colonia inglesa. Ni por casualidad hay una alusion directa ó indirecta en la obra del Sr. Aldama á este demasiado célebre tratado, sin embargo de que ha estado en observancia durante casi todo el siglo XVIII. En cambio el Sr. Aldama atribuye decididamente la decadencia de la industria portuguesa al tratado de 1810, que menciona muchas veces en varias partes de su obra, dándole el nombre de *tratado de Methuen* que solo y exclusivamente corresponde al primero, y atribuyéndole los mismos efectos que la generalidad de los escritores atribuye malamente al tratado de 1703.

Ahora bien, el tratado de 1810 tiene una importancia muy limitada, comparado con el primero. En la época en que se hizo, el mismo Sr. Aldama lo reconoce, no habia industria que destruir, porque estaba ya destruida á consecuencia de la guerra; su duracion ha sido mucho menor, y sus efectos buenos ó malos, por consiguiente, no son, no pueden ser comparables con los del primero.

¿Que debimos creer? Que el Sr. Aldama, por la precipitacion con que habria escrito su obra, no se habia detenido lo bastante en esta materia y escribiendo como suele decirse, de oídas, dió el nombre de Methuen, célebre entre los historiadores y economistas, al tratado de 1810, que como mas reciente, y *para la industria algodonera*, será como asegura el Sr. Aldama, al que se atribuyan en Portugal los efectos *inmediatos*.

Y hemos subrayado la palabra *industria algodonera* porque el Sr. Aldama parece dar á entender en su comunicado que solo á ella se referia en su obra al hablar del que llamaba tratado de Methuen. Nosotros no lo comprendimos así: veíamos en el epigrafe *industria manufacturera*; veíamos despues que hablaba de la industria en general, y no podíamos imaginar que el Sr. Aldama se refi-



riera á la algodonera únicamente. Asi todo cuanto nos dice de que no le hacia al caso el tratado de 1703, porque no existia entonces la industria algodonera, cae por su base. Si no existia la algodonera, existian las manufacturas de lana, que, para nosotros por lo menos, forman parte de la *industria manufacturera*.

Nos hemos detenido algo en este punto, porque debiamos probar que no procedimos de ligero al suponer que el Sr. Aldama confundia los dos tratados, creyendo que el conocido con el nombre de *Methuen* era el de 1810.

Pero conociendo perfectamente el de 1703, sabiendo que se conoce con el nombre de *Methuen*, como lo habrá visto el Sr. Aldama en las colecciones de tratados que cita en su comunicado; habiendo visto la importancia que se le ha supuesto para la decadencia industrial y política de Portugal en alguna de las obras que incluye en la lista de las que ha consultado para escribir su compendio; sabiendo que el tratado de 1810 no se conoce con el nombre de *Methuen*, debemos hacerle un cargo mas grave todavia en nuestro concepto, que el que infundadamente le hicimos en el suelto que ha motivado esta polémica. ¿No merecia la serie de absurdos que se ha dicho por los partidarios de la proteccion industrial con motivo del tratado de *Methuen*, cuyos efectos han sido el argumento favorito de los que creen en las *inundaciones de productos* y en el maquinavelismo de la pérfida Albion, una mencion, siquiera fuese ligera de quien trata de hacer conocer, á los españoles á Portugal industrial á Portugal comerciante, á Portugal cuerpo político?

Pero dejemos este punto y pasemos á lo que nos dice el Sr. Aldama en contestacion á nuestro cargo, de que daba á la balanza del comercio una importancia incompatible con las ideas en favor de la libertad comercial, de que se muestra partidario en otros lugares de su obra. El Sr. Aldama nos contesta: «Hago abstraccion de otros extremos que comprende el suelto á que me refiero, como el de suponer que he dado sobrada importancia á la balanza mercantil, como si esto fuera posible.»

Aqui, completando la frase algo oscura del Sr. Aldama, entendemos que quiere decirnos que nunca se da bastante importancia á la balanza del comercio.

Pero nosotros no hemos dicho que la balanza del comercio no sea importante. Lo que hemos asegurado es que el Sr. Aldama le da una significacion incompatible con la defensa de la libertad comercial, y propia solo de los defensores de las erróneas teorías prohibicionistas.

La balanza, como estadística del comercio exterior, tiene alguna importancia, aunque no tanta como quiere suponer el Sr. Aldama, porque no es exacta, ni puede serlo, sobre todo en los países donde hay altos aranceles de aduanas, porque en la balanza no se incluye el comercio de contrabando. Pero para saber si una nacion



*ha perdido ó ha ganado* en sus cambios con las demas, la balanza está reconocida como una cosa del todo absurda, desde que se ha adquirido la verdadera noción de la moneda. Ni una nacion *pierde* porque pague una parte de sus compras con numerario, ni es exacto que la diferencia de la importacion á la esportacion represente una estraccion igual de metales preciosos. Esto es elemental ya en economia política, hasta el punto de que el argumento de la balanza ha sido abandonado casi completamente por la secta proteccionista que lo empleaba antes como arma irresistible. De aquí nuestra estrañeza al ver que el Sr. Aldama suponía *pérdida* para Portugal el esceso de la importacion sobre la esportacion y vice-versa, reclamando al mismo tiempo rebajas en los aranceles, cuando si la teoria de la balanza fuera cierta, lo que procedia era adoptar la prohibicion absoluta de los productos extranjeros.

Toda la parte que en su obra dedica el Sr. Aldama á la industria y comercio, abunda en errores semejantes, ó que deben por lo menos, parecer tales errores á EL ECONOMISTA que defiende la absoluta libertad de los cambios. EL ECONOMISTA, en el tratado de 1810, veia por consiguiente un progreso para Portugal, aunque por él se arruinasen algunos fabricantes de algodones, porque como ha dicho ya muchas veces en sus páginas, lo que interesa es *tener los productos que exigen las necesidades con el menor trabajo, vengan de donde vinieren*, y esto solo se alcanza con la libertad, que no deja establecer en cada localidad mas que aquellas industrias para cuya creacion tiene buenas condiciones. La industria que necesita proteccion para subsistir es una industria ruinosa para el pais, siquiera saquen de ella pingües beneficios los que la ejerzan á la sombra de un inicuo privilegio. El Sr. Aldama, por el contrario, cree en la eficacia de la proteccion, cree que es necesaria para el progreso de la industria ó de la produccion general del pais. El Sr. Aldama y EL ECONOMISTA están situados sobre dos polos opuestos, en la manera de considerar este asunto, y hemos debido censurar por consiguiente, en esta parte, aunque reconociendo el mérito de otras de la obra, lo que no estaba de acuerdo con nuestras ideas, por lo mismo que el Sr. Aldama es una persona de ilustracion y justisimamente respetado, cuyas palabras tienen una autoridad mucho mayor que las que salen de la pluma de tanto gacetillero insípido, de tanto escritorzuelo imbécil que atacan por interés ó por ignorancia, lo que no comprenden ó no quieren comprender.

Nosotros, sabiendo lo que vale el Sr. Aldama, lamentábamos no tenerlo á nuestro lado; sentíamos ver tan mal empleado su talento, perjudicando la misma causa que con tan noble celo se ha propuesto defender al escribir su obra. La union ibérica es su objeto; proyecto insigne cuya realizacion cambiaria la faz de los dos pueblos en pocos años, llevándolos á una altura de civilizacion y de riqueza que no pueden alcanzar separados. Al Sr. Aldama no se le oculta y



ya lo dice en varios lugares de su obra, que para conseguir fin tan digno de ser apetecido, es necesaria la *union aduanera*, pero hace odiosa la union aduanera para los lectores de ambos paises calificando de perjudicial el tratado de 1810. «¿Y qué, dirán los portugueses, quereis que consideremos como nacionales las manufacturas españolas, cuando asegurais que ha destruido nuestra industria el tratado de 1810 que imponia un 45 por 100 de derechos á los productos ingleses? (a) ¿No producirá peor efecto todavia la admision libre de los productos españoles?» Lo mismo dirán los españoles, rechazando el producto portugues del mercado. Y la union aduanera, que podria hacer dar un paso gigantesco hácia el objeto deseado, será irrealizable mientras no se generalicen los buenos principios económicos, á cuya difusion, perjudican las publicaciones, que como la obra del Sr. Aldama se fundan en las erróneas bases del llamado sistema proteccionista.

Pero aunque la *union aduanera* pudiera realizarse, sin que las ideas liberales en materia de comercio adquirieran el crédito que merecen en ambos paises, sin este requisito no podria dar todos sus frutos; sus beneficios serian muy limitados, porque solo se conseguiria con ella aumentar un poco la esfera de accion de los odiosos privilegios, que en ventaja de unos pocos productores, absorben la mejor parte de la riqueza del pais. Nuestro consejo, podrá ser mal recibido por el Sr. Aldama; acaso no habremos debido dárselo, valiendo tan poco como valemós; pero no, porque el Señor Aldama no lo necesitase. No basta decir *union aduanera*; no basta reclamar en un lugar de la obra el *progresivo descenso de los derechos de las respectivas aduanas*, cuando se sienta la teoria de que en los cambios entre las naciones hay una que *gana* y otra que *pierde* cuando se proclama la necesidad de la proteccion, cuando se atribuye la ruina de Portugal á un tratado, que dejaba entrar los productos ingleses con un 45 por 100 de derechos en una época en que no habia fabricacion en Portugal.

No alargaremos mas esta contestacion, á pesar de que el comunicado del Sr. Aldama presenta otros muchos puntos vulnerables, por que creemos que lo dicho basta para hacer ver claramente á nuestros lectores quien ha obrado en esta polémica con menos meditacion. No nos preciamos de eruditos, ni de superiores á nadie aunque si de imparciales y desinteresados. Si hemos censurado la obra del Sr. Aldama, es porque creimos en conciencia que lo merecia. Pero como nuestro fallo carece de autoridad, quere mos darle en cambio el apoyo de las razones en que se funda, y que indicadas en este artículo, esplanaremos en otros sucesivos, si el Sr. Aldama quiere seguir una polémica sobre su obra, para cuyo

---

(a) Artículo 6.º



objeto tendremos un placer en poner á su disposicion las páginas de EL ECONOMISTA. Solo deseamos, que si se resuelve á continuarla, abandone el tono acre que en su comunicado emplea, y que mas que favorecer, perjudica á la causa que con él se defiende. En este terreno, nosotros le hemos dado el ejemplo, á pesar de que nunca puede nuestro primer suelto compararse con la contestacion que le ha dado el Sr. Aldama.

---

### CONGRESO INTERNACIONAL PARA LAS REFORMAS ADUANERAS.

---

La idea de reunir en un congreso internacional á las personas mas notables de todos los paises en materias económicas, para discutir de un modo público y solemne los medios prácticos de hacer pasar á la legislacion de los pueblos los principios inconcusos que aconsejan la libertad comercial, es una idea grande y noble, digna del apoyo de todo hombre que tenga en algo el progreso de la humanidad, y que no esté dominado por un despreciable egoismo.

Pocos son ya los que no estan todavia convencidos de que es un absurdo y una iniquidad poner trabas á los cambios con el pretexto de proteger determinadas industrias. La verdad de este principio, en el terreno *teórico*, solo la ponen en duda los que directamente interesados en el disfrute de los privilegios, quieren á toda costa conservarlos. Desde luego, para el que conoce lo que son la *teoria* y la *práctica*, basta saber que un principio es *teóricamente* cierto, para considerarlo como realizable en el terreno de los hechos. Habrá mas ó menos dificultades que vencer; serán ciertos medios mas á propósito que otros para el resultado apetecido; pero esas dificultades tienen que quedar orilladas forzosamente; los medios deben encontrarse en el momento en que se quiera buscarlos.

En la cuestion de la libertad de los cambios hay mayor facilidad que en otras para las reformas. Las dificultades son perfectamente conocidas: la interesada resistencia de los que explotan el error. Los medios tambien: abrir los ojos á la mayoria, haciéndole conocer que se la perjudica y se la explota.

Un ejemplo *práctico* de la eficacia del medio citado para vencer las dificultades nos ha dado hace muy poco tiempo la Inglaterra. En posesion estaba la poderosa aristocracia inglesa de todo el suelo de la nacion; á mansalva explotaba, á la sombra de monopolios respetados por la ignorancia, á todos los que no habian nacido de su seno. Inmensa resistencia podia oponer á las reformas; suya era toda la propiedad territorial, suyo el gobierno, suyos los destinos civiles y militares; todo era suyo. ¿Qué arma fué la que derribó tan bien contruidos baluartes, la que en diez años de lucha arrancó de los mismos poseedores la supresion de los monopolios y de los privilegios? La discusion pública. Hubo algunos hombres de fé que se dedicaron á propagar la verdad, llevando á todas las inteligencias el convencimiento, y la proteccion, tan arraigada en aquel pais, tan bien defendida por los que, interesados en ella, tenian en sus manos ademas todo el poder de la nacion, cayó vencida, ayudado á bajarla á la tumba, de



donde no volverá á salir en aquel pais, esos mismos interesados que con tanto ahinco la habian defendido.

La historia de la célebre *Liga* inglesa es una prueba irrecusable de que la *verdad* no necesita mas que ser conocida para ser obedecida.

Hacerla conocer á todo el mundo, desvanecer hasta las últimas sombras que puedan ofuscarla, proponer los medios mas convenientes para vencer los obstáculos que á su realizacion se opongan, debe ser, pues, la aspiracion de todo hombre que tenga fé en ella y bastante nobleza en el corazon para desear su triunfo.

Convencidos de los grandes y fecundos resultados que producirá el nuevo *Congreso internacional para las reformas aduaneras*, no podriamos ver sin sentimiento que se mirara con apatia é indiferencia por aquellas personas, que en razon á su situacion especial y á sus conocimientos, pueden contribuir al progreso de los buenos principios. Ahora mas que nunca deben reunir sus esfuerzos los libre-cambistas para perseguir hasta sus últimas defensas á los partidarios del régimen protector, porque resuelta la cuestion teórica, demostrada hasta la evidencia la bondad de la libertad comercial, tiempo es ya ciertamente de vencer los escrúpulos de los indecisos que aunque convencidos de los principios dudan que puedan aplicarse. No basta ya decir: «El libre-cambio es el único sistema racional, el único sistema justo, el único sistema que está en armonia con la marcha progresiva de la civilizacion»; es preciso algo mas: es indispensable agregar, «y para pasar de el sistema actual al que proponemos, ó por mejor decir, al sistema que la misma naturaleza indica, deben adoptarse estas ó las otras medidas, vencer la resistencia de los proteccionistas con tales ó cuales medios; es preciso adoptar el plan de conducta *a* ó *b* para pasar de las páginas de la ciencia al terreno de los hechos, á los artículos de la ley.»

Mas para que esta gran idea se realice se necesita apreciar la fuerza y la clase de las armas que los enemigos á quienes se combate emplean en defensa de su mala causa, se necesitan pues *datos* y *noticias* que no puede en verdad obtener un hombre solo, que han de ser por el contrario el resultado del concurso de todos los hombres de ciencia ó de práctica que en todos los paises civilizados se ocupan de las cuestiones comerciales.

¡Qué no sean nuestros compatriotas los únicos que permanezcan frios é indiferentes ante esa *gran informacion* del mundo civilizado; unan sus generosos esfuerzos y acudan á donde el bien y el progreso de la humanidad los llama!

Animados de este deseo volvemos á recomendar, apesar de haberlo hecho ya en uno de nuestros números anteriores, á nuestros lectores y á todas las personas versadas en estas cuestiones, que concurran al esclarecimiento de los problemas económicos, que en el congreso internacional han de proponerse, con todos los medios que estén á su alcance y que su ilustracion les dicte.

---

## VARIEDADES.

Del *Economista belga* tomamos lo siguiente:

El comité encargado de la organizacion del congreso ha decidido que se abra una suscripcion para subvenir á los gastos de esta gran manifestacion económica. El mínimun de la suscripcion será de 10 frs. Los suscritores ten-



drán el derecho de participar de los trabajos del congreso, y de recibir todos los folletos y escritos de toda clase que con este motivo se publiquen. Si la suscripcion escede á los gastos, el esceso se empleará:

1.º En hacer una medalla en conmemoracion del congreso con los relieves de Turgot y Roberto Peel. Se mandará á cada suscriptor una de estas medallas.

2.º En formar y sostener una activa propaganda en favor de la libertad de los cambios, y en fundar á la vez una *asociacion internacional para las reformas aduaneras*.

Se ruega á las personas que deseen tomar parte en los trabajos del congreso, que envíen el total de la suscripcion á la oficina de la ASOCIACION PARA LA REFORMA ADUANERA 14 rue de l' Eveque á Bruxelles ó á la oficina del Economista belga rue Verte, á Scharbeek lez-Bruxelles.

---

Uno de nuestros suscritores nos ha indicado que se ha creado ó se va á crear una clase privilegiada de corredores de minas; tan luego como estemos enterados mas á fondo de este proyecto nos ocuparemos de él con tanto mas motivo, cuanto que segun las noticias que se nos han dado se trata de la eterna cuestion de monopolios y privilegios.

---

Por no retardar mas tiempo la publicacion del número no damos hoy mas que 12 páginas.

Esperamos que nuestros suscritores nos dispensarán esta falta, de la que prometemos resarcirles en uno de los números próximos.

---

#### BIBLIOCRAFIA.

*Code international de la propriété industrielle, artistique et litteraire*, par J. Pataille. Un vol. in 8.º

*Théorie mathématique de l' Economie sociale*, ou Eléments nouveaux d' économie politique, par J. Beuner-Genève 1856.

*L' industrie contemporaine, ses caractères et ses progrès, chez les différents peuples du monde*, par Audigaune. Paris, 1856, chez Capelle (rue Soufflot) Un vol. in 8.º

*De la prospérité publique*, par J. A. Favre. Un vol in 8.º

*Œuvres de M. Le comte Camille Beuso de Cavour*. publiées par livraisons, á Coni, chez Galimberti 1.ª et 2.ª livraison, in 8.º

---

#### SUMARIO.

Observaciones sobre la nueva ley de minas.—Contestacion al comunicado del Sr. Aldama inserto en nuestro número anterior.—Congreso internacional para las reformas aduaneras.—Variedades.—Bibliografía.

---

MADRID: — 1856.

Imprenta de D. JOSÉ C. DE LA PEÑA, calle de Atocha, núm. 149.